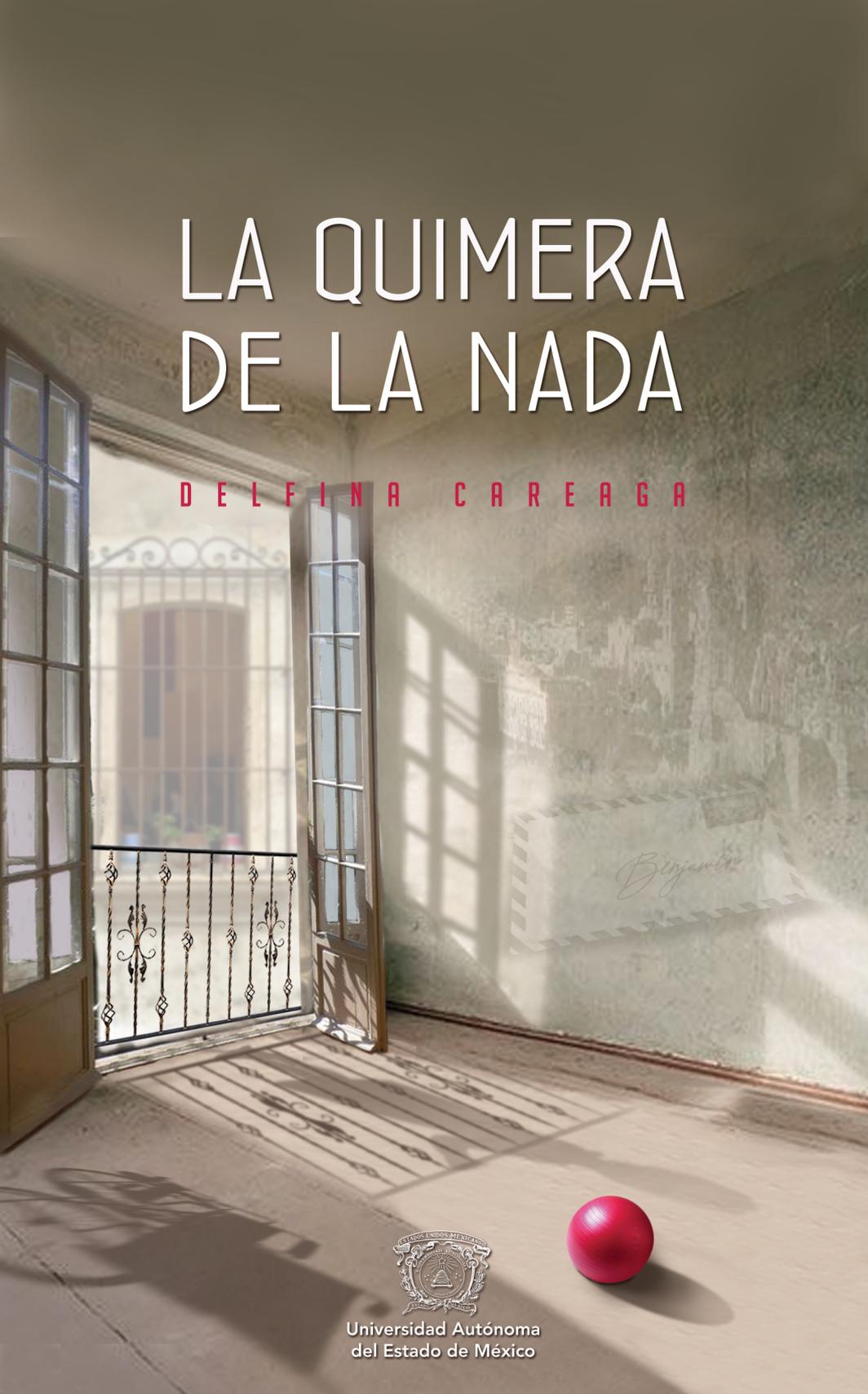


LA QUIMERA DE LA NADA

DELFINA CAREAGA



Universidad Autónoma
del Estado de México



Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Ciencias de la Educación
Yolanda Eugenia Ballesteros Senties
Secretaria de Docencia

Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Doctor en Ciencias del Agua
Francisco Zepeda Mondragón
Secretario de Extensión y Vinculación

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Ciencias de la Educación
Marco Aurelio Cienfuegos Terrón
Secretario de Rectoría

Doctora en Ciencias Económico Administrativas
Eréndira Fierro Moreno
Secretaria de Administración

Doctor en Educación
Octavio Crisóforo Bernal Ramos
Secretario de Finanzas

Doctor en Ciencias Computacionales
José Raymundo Marcial Romero
Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional

Doctora en Derecho
Luz María Consuelo Jaimes Legorreta
Abogada General

Doctor en Ciencias Sociales
Luis Raúl Ortiz Ramírez
Secretario Técnico de la Rectoría

Licenciada en Comunicación
Ginarely Valencia Alcántara
Directora General de Comunicación Universitaria

Doctora en Ciencias de la Educación
Sandra Chávez Marín
*Directora General de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales*

La quimera de la nada

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

Delfina Careaga

LA QUIMERA DE
LA NADA



Universidad Autónoma del Estado de México

“2022, Celebración de los 195 Años de la Apertura de las Clases en el Instituto Literario”

Primera edición, junio 2022

La quimera de la nada

Delfina Careaga

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas (Reniecyt):
1800233



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-455-3

Hecho en México

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Corrección de estilo: Edith Muciño Martínez

Diseño: Eva Laura Rojas Almazán

Diseño de portada: Martha Díaz Cuenca



*Dedico este libro a la muy querida ciudad de Toluca (mi patria
chica por elección) y a todos mis coterráneos, los toluqueños, tan
hospitalarios y amigos.*

*Susurro sin sonido
donde recordamos
lo que nunca supimos*

JOÃO GUIMARÃES ROSA

Contenido

El descubrimiento del hilo negro	13
Mozart	17
Día festivo	19
Carta a Benjamín el 31 de marzo	21
Caminando	23
Cantando ópera	25
La bolsa de ixtle	27
Chinfo	31
El amor	35
De mi viaje a España	37
El funeral del tío Enrique	39
El Togo, tan sólo un perrito	41
La aventura	45
La duda	49
Otro cuento de hadas	53
Los deseos	57
¿Qué se esconde en la nada?	59
Recuerdo que...	61
Una calavera para Salustio	63
Remembranzas	65
Una persona extraña	67
Les cuento sobre mi abuelo	69
Un órgano muy especial	73
Los místicos	75
21 de marzo	77
MINICUENTOS	79

El descubrimiento del hilo negro

Hoy amanecí (a las 10 de la mañana) bien asombrada de que no me dolían las piernas. Con mucho cuidado fui extendiendo primero la derecha y luego la izquierda. ¡Pues no! Ninguna pareció resentirse como suelen hacerlo todas las mañanas. ¡Las doblé!... ¡Nada! Volvía a tener piernas sin dolor. El corazón me golpeaba también contento. ¿Me habría curado? Para levantarme sí fue el mismo esfuerzo de siempre. Con una mano me afianzo de la colcha, con la otra intento sostenerme del buró, de un cajón, de la pared y como mejor puedo me voy incorporando. La levantada sí fue igual que la de todos los días, pero sonriendo recordé que ya no me dolían ni las rodillas, ni la columna vertebral, ni los hombros. ¡Ajúa y doble ajúa! Me eché a la espalda una bata y apresando furiosamente otra vez la resignada colcha, pero en esta ocasión con ambas garras, digo, manos; agachada, llegué hasta la silla de ruedas. Me senté y en ese momento ahogué un grito de tortura. Desde la cabeza hasta las uñas de los dedos de los pies, me partió, por mitad, un calambre como un rayo, “quemando” todas las fibras de mi cuerpo. Las lágrimas se me escurrieron sin querer. Después, en silencio, con los ojos muy abiertos esperé otra reacción

dolorosa. Pero nada. ¡El daño maldito había huido!

Cuando salí al pasillo para ir a la cocina a desayunar, me encontré con mi hijo.

— ¿Cómo amaneciste, mamá?

— Fíjate que bien. No tengo dolores. ¡Qué suave! ¿No?

Y seguí mi camino rodando en la silla.

Y después he pensado que en realidad somos títeres de las circunstancias. Sin mover un dedo por voluntad propia, a veces estamos bien, otras no tanto, y otras nos lleva la trompada. Las respuestas varían de tono, las palabras y su intención, nuestra conducta... Nos andamos convirtiendo en otras personas a cada rato. Entonces es difícil encontrar a quien domine sus contradicciones. Y pensé que eso se llamaba resignación. ¿A eso se refiere “la madurez”? Qué lástima porque yo nunca llegué a esos niveles. Entonces, ¿madurar es lo mismo que tolerar?

De esta manera llegué a la conclusión de que no es posible juzgar radicalmente a nadie. Todos estamos hechos de lo mismo, aunque lo mostramos en diferentes momentos; a veces somos “buenos”, pero también “malos”. Sí, claro que hay esa rigurosa diferenciación muchas veces no elegida.

Finalmente, y como quiera mirarse, el individuo no es nada, así, sin disfraces porque siempre ganan sobre nosotros mismos nuestras pasiones u obsesiones más que nuestra conciencia que al final termina por tener un precio, o sea la urgencia de algo, y esa “necesidad”, esa violenta tentación que pesa más que la cultura, la educación, la civilización, nos obliga a actuar con una fuerza que arrasa hasta con nuestro muy manoseado libre albedrío. La humanidad somos uno, el mismo, y en su construcción predomina lo malo (ojalá yo estuviera equivocada, pero la realidad me lo impide al advertir

que ahora estamos a un paso de desbaratar de una vez y para siempre este planeta). Aunque hay algo extraordinario: que de esa podredumbre, (esto es lo maravilloso) de pronto nazca un ser iluminado, entre siglo y siglo, del mismo vientre de lo pútrido: un HUMANO.

En realidad, ya saben ustedes que todo acaba por ser un enigma. Por ejemplo, lo más importante del mundo, es que hoy amanecí sin el sufrimiento del dolor físico ¡Y eso es un buen regalo!

Mozart

¿Cuántas veces se ha escrito sobre Mozart, sobre su personalidad, su vida, sus anécdotas y su genialidad? Muchas. Las leyendas surgidas por su relación con Salieri; la película... en fin, motivo por el cual me atengo a confesar que lo que escriba hoy del enorme músico es totalmente personal.

Hoy he escuchado a Martha Argerich tocando algunas de las sonatas para piano de Wolfgang Amadeus, y me he extasiado desde el inicio hasta que Martha se levantó para dar las gracias al público que la ovacionaba. Por medio de sus maravillosas manos —de más de 80 años de edad—, llegué a pensar que aquellas frases largas de filigrana de sonidos, aquellos recorridos límpidos, celestes, entre subidas y bajadas por una brillante escalinata, formaban un arcoíris surgido del cielo, donde predominaba un azul fulminante, arcano e incluyente, porque nos ciñe con tersuras que acarician el alma y los sentidos. Esta vez, al escuchar, con la mirada que apenas si me alcanzaba a seguir los velocísimos dedos de la pianista, estuve segura que Mozart fue el genio musical que describió la gloria prometida.

Día festivo

Ayer, primero de mayo, me la pasé en la cama. Horas y horas pensando en la necesidad de levantarme, asearme, vestirme, escribir, conversar, hablar con amigos. Premura por seguir trabajando, haciendo mi laborcita como siempre. Pero únicamente conseguía moverme con cuidado entre las sábanas para no romperme demasiado (me refiero a los dolores musculares) y viendo por una rendija de la ventana el cielo cambiante de humor: blanco, azul, negro. Pensé en lo que significa el Día del Proletariado. Pensé que debía haber sido obrera o trabajar en el campo, nunca el parásito que soy. ¿Cómo dice “La Internacional?”, y no me acordé de la letra. Mi perro conmigo, durmiendo, viéndome a veces con una intensidad que resumía en sus pupilas toda la urgencia de levantarnos, de hacer algo. Hice el intento más de dos veces. Este cuerpo viejo, ahora enemigo mío, me sumió más en la inmovilidad. Recordé a Mahler, él se desgarraba a sí mismo precisamente por tratar de ser, y lo logró sólo gracias al arte, pero no le fue suficiente. Quería saber. Y al final de sus obras, alzaba la frente, tocaba las cornetitas celestes y decía: “Me rindo. No sabré nunca nada, pero por encima del dolor y de

la expectación siempre insatisfecha, he creado belleza a pesar de mi ignorancia”. Pero yo no soy Mahler y no he creado nada más que un caos chiquito, mediocre, sólo dentro de mí: no he hecho guerras, no he cooperado para estar en paz, no me he ganado enemigos sólo algunos leves rencores —también chiquitos y mezquinos—. La realidad es que no sé nada. Sólo estar en la cama, minuto a minuto, hora tras hora, días y vida entera dentro de la urgencia de levantarme y hacer de mi muerte un legítimo punto final.

Carta a Benjamín el 31 de marzo

La memoria de tu vida ha quedado guardada en el corazón todavía latente de algunas personas que te conocieron, Benjamín, y mañana, 31 de marzo, vuelve mi nostalgia a celebrar tu santo, que además y curiosamente coincidió con tu cumpleaños y tu muerte.

Hace mucho tiempo que nos vimos por última vez, el 12 de septiembre de 1980, hace 42 años. Durante dieciséis no supimos nada uno del otro. Yo me había impuesto olvidarte para poder sobrevivir, pero una noche llegó tu hija a mi casa (me contó que fueron meses los que duró buscándome) para decirme que tú, Benja querido, habías fallecido en sus brazos pidiéndole, que me hallara para hacerme saber que morías amándome.

Después, ya vieja, me di cuenta que esa pasión redonda, absoluta, concedida como joya por un deslumbrado azar, aun con nuestra ausencia, no terminó en ninguna parte de mi piel, de todo mi ser.

Pronto moriré yo también, pero no tengo mensajero, así es que pensé en escribirte esta carta. Entonces me toca a mí anunciarte que no te llegué a perder en el camino laberíntico de mis sentimientos.

Caminando (Lo escribí hace años)

Una noche de invierno caminaba yo por una de las céntricas calles de Madrid. Es cuando la gente ha salido de sus trabajos, va a su casa, se arregla, y ahora vuelve a salir a la calle inundando la ciudad con una alegría rabiosa. Yo los miraba. Sólo así sentía la distancia de mi hogar. Las “tapas” se sucedían una tras otra en cada calle; pensé en entrar pero ahí no era mi lugar. Lo habría hecho como un fantasma cansado. Mejor seguía caminando. Vivía en un cuarto que tenía un balcón. Mientras andaba en medio de las fuertes voces españolas, me entregaba a la inercia que toman los pensamientos cuando uno siente la maligna necesidad de amontonarlos porque sí, para sentirse uno más desgraciado y convencerse de que la vida no tiene encanto.

.....

Y retrocedí mucho tiempo antes, cuando gritaba y estiraba los brazos sintiendo así las mortales y seductoras ondulaciones de la montaña rusa. El miedo sonreía hipócrita y gritaba junto conmigo aparentemente orgulloso de la hazaña. Y también pensé en otra noche en que mi respiración se fue

apagando porque él se había ido. Creí morir, pero la memoria aspiraba de vez en cuando haciendo un pequeño suspiro para que de él yo pudiera sujetarme a la vida. Y entonces repasé los días plenos e infernales. Ayer tuve uno. Hacía meses que no había vuelto a sentir el dolor del cuerpo. Fue espantoso. Me sacudió con saña como a una muñeca que urge destruir lo más rápido posible. Grité. En un momento dado llamé a mi mamá, y yo, que no creo en nada, le decía a Dios palabras de una amorosa piedad para que me librara del sufrimiento. Hoy fue otro día. Las piernas siguen doliéndome muy razonablemente. Se conoce que se hallan un tanto apenadas por la impetuosa ira que las ataca cuando recuerdan que han dejado de servir.

Hoy tengo gripa. Me siento como aquella sala antiquísima de mi tía Josefina. Cuando los muebles eran jóvenes y el sol iluminaba sus vientres dorados. Los años les abrieron las barrigas dejando, llenas de polvo, sus entrañas a la vista. Hoy no sé cómo vaya a terminar el día. Hoy no sé nada de la vida ni de la muerte. Sólo sé del cansancio. He caminado tanto...

Cantando ópera

Me gusta mi trabajo, lo hago con gusto por el interés que me causa corregir los textos que me mandan mis jefes, y casi sin proponérmelo conscientemente, he ido siendo cada vez más cuidadosa y no entrego el trabajo si no lo vuelvo a revisar después de terminado.

Trabajaba hace ya muchos años como correctora en un despacho de economistas. Yo no sabía que esta profesión habla su propio idioma, el cual, por supuesto, yo no conozco. El primer escrito que me dieron me dejó con los ojos cuadrados: no entendí una sola oración. Asustada volvía a leer esas palabras desconocidas y no desataba su misterioso sentido; sin embargo, necesitaba la chamba así es que después de horas de intentar inútilmente su comprensión, me dije que a como diera lugar lo corregiría. Y entonces se me ocurrió utilizar para ello el aria principal de “Rigoletto”, la ópera de Verdi, y empecé a cantar mentalmente (discúlpenme ustedes que tampoco sepa escribir el italiano): “La donna e mobile” (Y PUSE UNA COMA), “cual piuma al vento” (PUES AQUÍ IRÍA BIEN UN PUNTO Y COMA), “miuta la chento” (PUNTO Y SEGUIDO), “e di pensiero” (PUNTO Y APARTE). Por lo

pronto mi corazón empezó a marchar con normalidad. Entregué el texto bien corregido con lápiz. Y así, cambiando de arias del mencionado Verdi y de Puccini, de Leoncavallo y de Donizetti, se fueron pasando los días. La persona que fungía como mi jefe estaba de vacaciones. Cuando regresó a la oficina, ya llevaba yo utilizando varias óperas. Hasta entonces vio mi trabajo... y, sin dudarlo, me corrió.

Otra vez en la calle, pero feliz, descubrí el peso enorme que significa tener que mantenerse haciendo lo que uno no sabe hacer y perdiendo la satisfacción de realizar un trabajo limpio y eficiente. Así las cosas, me dirigí caminando y cantando — mentalmente— una canción de Vicente Fernández.

La bolsa de ixtle

Siempre sufría una pequeña puñalada en el ánimo cuando le decían Chabela. Su nombre era Isabel, nombre —según había oído comentar— nada menos que de reinas. Chabela extendió su cama de mala manera. Aventó la escoba a un rincón de su cuarto, evidenciando así su mal humor. Ya estaba harta de todo, de la miseria, de la violencia, del mal comer, del peor dormir, pero sobre todo de su marido. Eso sí, a él ya lo había puesto en su lugar para siempre.

Se dirigió a la cocina, cocina-cochina, chiquita, con moscas, con comida pudriéndose a sus anchas sobre los muebles. El fregadero apestaba. Todavía había rastros de sangre, ya muy aguada, no roja sino más bien color de rosa, pegada a los laterales de la tarja. Después los limpiaría, ahora era suficiente todo lo que había hecho desde la noche anterior...

¿Otra vez su marido? Sí, claro, esa noche para variar, también llegó beodo, alzando su brazo y su manota para pegar donde cayera. Así de tan borracho Chabela podía esquivarlo, no como cuando aparecía a medios chiles que con una velocidad increíble la apresaba de los pelos y le pegaba

en la cabeza o en cualquier lugar de su molido cuerpo; eso sí, golpes siempre muy duros.

Chabela pensaba y pensaba en cómo librarse del tirano. Ya había intentado más de tres veces irse de ahí, huir hasta de la ciudad, pero siempre la encontraba y ya no quería ni acordarse cómo le iba. ¿Qué hacer, pues? ¿Cómo desaparecerlo? Esta última palabra le definió redondamente lo que debía hacer, lo único que podía hacer: matarlo. Y esa noche en que él llegó casi a gatas, en un intento que hizo para golpearla en la cara, ella alargó la mano a la cama y de las cobijas sacó rápidamente el hacha que guardaba desde hacía días y le partió el cráneo en dos.

De la herida brotaba sangre como una fuente de la Alameda. El rostro del golpeador también se había partido a la mitad. Un ojo se desprendió de su órbita y colgaba hacia la boca, medio abierta, como si muriera azorado. Chabe también se quedó un momento inmóvil. ¿Eso le había roto la vida? ¿Un cadáver desfigurado, una cosa repugnante e indefensa? Ahí estaba... No había sido tan difícil desprenderse del mal. Más bien le pareció como si no hubiese pasado de tan fácil que fue asesinarlo. Bueno, pero ¿ahora, qué seguía?... Ocultarlo. Pensó en cargarlo y echarlo al terreno baldío al lado de su casucha, pero tan cerca podría ser fatal y cargarlo más lejos no tendría fuerza. Puede que ni para sacarlo afuera. ¿Qué hacer entonces?

Casi todo el resto de la noche fue jalar el cuerpo sangrante hasta la cocina-cochina. Quiso levantarlo del cabello, pero no pudo. Cada esfuerzo la empapaba de sangre. Lo intentó tomándolo de la cabeza, después de las axilas, pero todo era inútil. Los años no habían pasado en balde. Definitivamente no podía cargarlo para ponerlo sobre el fregadero. Entonces se echó para atrás recargándose en la pared, sofocada. Así descansó y ya con nuevas fuerzas emprendió la tarea de

destazarlo ahí en el suelo de la sucia cocina para después poner la cabeza medio abierta y los pedazos del cuerpo en la amplia bolsa de ixtle del mandado, tan limpios y bien acomodados que cupieron ya sin chorrear nada de sangre. Bien dicen que “todo cabe en un jarrito...”.

Ahora ya había lavado todo. Ella abrió la regadera sin quitarse la ropa ensangrentada, ¡hasta con los zapatos! Luego metió todo al calentador del baño y lo prendió con un cerillo. Se alistó. Se peinó. Alzó con ambas manos la bolsa de ixtle que pesaba un resto. Y así la fue arrastrando por las escaleras hasta salir a la calle. Ya para entonces habían dado las nueve de la mañana.

La gente entraba a sus trabajos, los niños ya estaban en la escuela. De pronto ella se desorientó: ¿Y ahora qué haría? El basurero del mercado estaba bien lejos. Se subiría a un camión que la llevara ahí o a donde fuera, pero retirado, bien retirado de su casa. Así lo hizo. Un joven la ayudó a subir haciéndose cargo de la bolsa.

Ya en el camión, sentada junto a la ventanilla, fue pensando que de ahora en adelante obligaría a la gente a llamarla doña Isabel, como llamarían a una reina. Y sin darse cuenta su cerebro, disparado ya a la fantasía, fue retrocediendo en el tiempo hasta la época de los reyes, fecha que no podía precisar, pero que sí sabía que los reyes habían muerto hacía tiempo.

¡Y de repente el camión urbano se volvió una elegantísima berlina!, antiguo carro tirado por caballos, y ella, con una enorme y hermosísima mantilla sostenida por una corona, se dejaba pasear por la ciudad, tirando, a los plebeyos, flores y comida que sacaba de su elegante cofre de ixtle, donde guardaba sus joyas.

El camión se detuvo. Los pasajeros se empujaban para salir del autobús. Los gritos contagiaban a la gente que pasaba

por la calle gritando horrorizada por lo que, desde un camión urbano, una loca aventaba sonriendo siniestramente. Ante tal suceso la ciudad gritó de terror durante mucho tiempo.

Chinfo

Entre los recuerdos, a veces aparece un personaje, una mujer de sesenta años (a esa edad la conocí), poblana, amiga desde siempre de mi familia Careaga. Vivía sola. Yo nunca supe que tuviera algún pariente, por lo que a mis abuelos, a mis tías y tíos les decía: primos. Se llamaba Rosaura, pero le decían “Chinfo” y era asidua a la casa de mi tía Lolita, hermana de mi abuelo. Todas las tardes, lloviera, granizara o resplandeciera el sol, Chinfo estaba sentada en un banco de la cocina platicando con mi tía abuela, Lola, la hermana mayor de Ernesto, mi Papábuelito. Esta tía abuela fue otro personaje para mí. Me acuerdo de una fotografía suya que le dio a su hermano con esta dedicatoria: “Ernesto: es necesario que conserves este retrato, Dolores”. Y también era la que de niña salía a un balcón de su casa a esperar las once de la noche para dar un grito que se oyera en todo Puebla, porque había escuchado decir que en los días 15 de septiembre se esperaba oír “el grito de Dolores”.

Bueno, Chinfo era el comodín de la familia. Si había enfermo en casa, ahí estaba la amiga que sabía curar con hierbas. Si a un niño se le dificultaba la tarea y estaba

preocupado, Chinfo le hacía un bonito dibujo en su libreta y con eso ahuyentaba la aflicción de la criatura. Si se descomponía la plancha, el horno eléctrico, o cualquier otro aparato casero, ella se las ingeniaba y acababa arreglando el desperfecto. No sé qué hubieran hecho sin esa prima postiza.

Y hubo un día en que en una ranchería cercana la contrataron como maestra de la única escuela que había. Ella aceptó con gusto. “Pero si no sabes ni leer ni escribir, ¿cómo vas a enseñar, Chinfo?”, le preguntaron todos. Ella sonrió y les aseguró que sabía otras cosas útiles que aplicaría en su clase. Y muy contenta tomó el autobús para arribar en lo que sería su nuevo hogar.

Tenía 14 alumnos —nos comentaba—, y desde el primer día los hizo contar del uno al 100. Y así pasó parte del año escolar. En una ocasión un niño, aburrido de su clase le dijo que hasta dormidos ya sabían contar hasta el 100. Entonces Chinfo, admitió el reclamo y los puso a contar del 100 para abajo llegando al uno; y así transcurrieron las lecciones hasta el fin del año, cuando la escuela celebró con una fiesta el principio de las vacaciones. Ahí sentada ante una gran mesa donde estaban los “principales”, a pedido de estas importantes personas, Chinfo se levantó a decir un “conferencia magistral”. ¿Qué es lo que dijo? Ni ella misma nos pudo contar tanta barbaridad que se le ocurrió en el momento. De lo que sí se acordó es que al término de su discurso, ella hablaba sobre fantasmas. Pues así y todo, los comensales la ovacionaron de pie.

Chinfo nos contaba que hubo música y baile, y que el mero señor presidente del pueblito la invitó a bailar. Siempre sonriente, Chinfo aceptó y bailó con él una pieza tocada por la banda local. Y bailaron y bailaron y seguían bailando. “¿Cómo se llama esta pieza, señor presidente?”. Y él, orgulloso y moviéndose más coquetamente le contestó: “Se llama, 'La

Colebra'". Pero "La Colebra" no se acababa nunca y Chinfo ya no estaba para esos trotes. "¿Y ésta otra cómo se llama?", volvió a inquirir casi sin aliento. "Pos ésta es el mismo animal", le respondió su compañero de baile.

Sus aventuras nos hacían carcajear, como cuando estuvo en un velorio y le daban café "con piquete" que a ella no le gustaba, por lo que, por un hoyo que tenía el ataúd, derramaba todas las tazas de café que le servían. Cuando alzaron el féretro, se regó todo el líquido y la gente, supersticiosa, corrió a sus casas aterrorizada dejando al muerto completamente abandonado. Bueno, el caso es que ella ya no quiso continuar de maestra y se regresó a su humilde vivienda en Puebla.

Nunca olvido a la buena de Chinfo.

El amor

La joven madre se vio mentalmente inclinada para besar a su hijita en la frente. Y sonreía pensando en cómo sería su carita, a qué iría a dedicarse cuando creciera y muchas cosas más. —Se me hace que será muy alta y delgadita como una varita de nardo, como la canción de mi hermano Joaquín. Ojalá a ella le guste la música.

Eran los sueños de una muchacha que de ese modo abría su imaginación para construir a su hijita, creyendo firmemente que la chiquita, desde su vientre, la escuchaba.

Pero todo llega y el momento del parto se presentó un domingo sombrío.

El tiempo siguió imparable. La chiquilla tenía tres años cuando entendió que no vería nunca a su mamá porque había muerto al darla a luz. Transcurrió su vida y se hizo vieja. Entonces ella también empezó a anhelar que pudiera ver a la madre que nunca conoció. Y una noche, la hija vieja vio con claridad cómo una joven de 20 años, embarazada, se acercaba sonriendo a ella. La vio con ese vestido floreado que no se quitó dentro de aquella fotografía que ella cuidó durante su larga vida. Su mamá era rubia, de pelo largo, sedoso y

ondulado, más bonita de lo que la hija la miraba en sus sueños, más bonita incluso que sus retratos. Tenía los ojos verdes y era delgadita como una varita de nardo (como la canción que compuso su tío Joaquín). La sonrisa de la chica tenía un dejo lánguido pero delicioso, con una pincelada de melancolía que, no obstante, desmentía el verde radiante de su mirada.

La anciana hija corrió como pudo hacia la jovencita que le había dado la vida y las dos se fundieron en un abrazo sintiendo un delicioso descanso, un alivio inmortal que desconocía el dolor y la ausencia, y que solamente ahora, esa unión volvía a transformarlas en un solo ser. Antes de expirar, la anciana supo que la verdadera vida inextinguible ¡era el amor!

De mi viaje a España

¿Qué es el tiempo? ¡Yo no puedo entenderlo! Hoy mismo Antonio tiene quince años, es un mozalbete que cabalga por las blancas calles de su natal pueblo andaluz. Va sobre su jaca favorita, soñando siempre con otras tierras, con otros mares. Pasa ausente frente a la triple puerta de la catedral y se encamina, serio, hacia el barrio gitano de San Miguel. Parece, tan rubio, un príncipe del libro de cuentos cuando cruza por San Mateo, la iglesia gótica más antigua de la región. Pero él ya no ve, sólo puede entrever el ensueño. Ese ensueño que por fin lo trajo a estas arcanas tierras de América donde los colores no saben hablar más que a gritos, donde lo real lleva siempre su máscara de niebla y la vida sangra bajo la luna llena.

¿Qué es el tiempo? Si entre mis venas, hoy, en el año 2020, mi sangre en su recorrido te lleva en tu caballo y miro el cortijo donde tu familia, la que será la mía, se dedica a sus labores cotidianas. Y cuando veo el cielo de mi patria, de pronto se transforma en los muros antiguos de tu escuela cartujana donde todos creen que estudias con los ojos bien abiertos y no entrecerrados para seguir el laberíntico sendero de tu

anhelo. Y continúas, sobre tu yegua, por la calle llamada La Empedrada asustando a los familiares fantasmas, habitantes inmemoriales de esa vía. Luego, disminuyes el trote al pasar frente al palacio de Villapanés y das dos vueltas completas a la Plaza “Rafael Rivero” antes que Jerez de la Frontera, tu tierra, cierre los ojos y oscurezca todo.

Y apenas dos años después, Antonio, cuando te embarcas durante una tarde gris que forja a la mar en plata fina, miras el horizonte con sus suaves lomas cubiertas de viñedos. Y allá lejos los campos de cereal. Son las tierras de los pagos de Torrox, Ferás, Gíbalcón... que desde las faldas de San Cristóbal se ensanchan, con el imponente Alcázar, tan alto, vigilando el mundo desde el cielo. En tu mente divisas las cavas y los silos, los del Puerto de Santa María y los de Rioja. Y entonces comprendes que no necesitarás ver tu paisaje otra vez, porque en el corazón lo llevas grabado.

Y haces real el ensueño. Y llegas, te casas y engendras a mi madre, todo tan rápido como lo escribo en esta máquina extraña —ahora, en el año 2020—, desde donde vuelvo a traerte otra vez a mi México. ¿Y todo lo que sucedió? Ya no está, ya pasó. ¿Qué es el tiempo, Antonio?, que la hija de tu hija ha cumplido ya los 80 años, ¿y su vida? ¿Y la tuya?... ¿Qué puede ser el tiempo, Antonio, que ni siquiera creó el tiempo para que nos conociéramos?

El funeral del tío Enrique

Como se esperaba desde hacía años, irremediablemente llegó el instante en que murió el tío Enrique. La familia sonrió con los labios y con el alma, diciendo cuánto era el dolor que sentía por la muerte de aquel pariente, indudablemente inteligente, aunque un poco cascarrabias que no se llevaba bien con nadie. Durante su existencia se le criticó entre alabanza y alabanza; se le insultó, se le humilló y maldijo, intercalando sus valores morales indiscutibles; claro, todo esto a sus espaldas. Así pasó la vida para esas personas tan unidas en la segregación del tío Enrique.

Con lágrimas bañando los rostros de todas las edades, los miembros de aquel desdichado clan hicieron las gestiones requeridas para consumir un entierro no sólo digno, sino lujoso como la moda del momento lo consideraría con justeza. Don Enrique Valdepeña, uno de los más antiguos representantes de una larga y noble estirpe, del trato que recibió su cadáver, no podría quejarse nunca.

Todos quedaron inmóviles media hora después del funeral. Hombres, mujeres, niños y ancianos, mostraban un gesto de aflicción tan marcado en sus semblantes que a uno

se le venía la idea de estar asistiendo a una obra de teatro. Después, con las cabezas gachas, suspirando, emprendieron el camino de regreso a una casa libre ya de gritos y de malos tratos. El negro de los vestidos y de los trajes oscurecía los cuerpos que cubría, sólo en los ojos había una luz de incendio, una luz punzantemente eufórica y vital. Pero, ¿qué quiere usted? La vida debe continuar... ¡Y que en paz nunca descanse!

El Togo, tan sólo un perrito

¡No puedo creerlo!... Acaba de ser lunes y hoy me dicen que es sábado. ¿Por qué la prisa? Es como si el tiempo, que camina “a su tiempo”, de pronto se da cuenta que los viejos se están retrasando en llegar a la meta final; y con toda su energía corre comiéndose los días, las semanas, los años, para que no lo regañe esa muerte intransigente y lo acuse de lento como cualquier anciano.

Ayer tuve una vida entera: me hicieron nacer de nuevo, crecí, fui siendo al ritmo de mi escritura hasta llegar a mi punto final. Entonces el texto completo se los envié a ustedes.

Hoy desperté y cuando me senté ante esta hojita en blanco, tan inocente, una memoria fuerte la sacudió como un huracán. Me acordé de aquel perrito de origen chino mal llamado —el Togo—, nombre japonés.

El Togo fue querido y mimado por la familia más o menos en sus primeros seis meses de edad. Luego, todos lo olvidamos, excepto Papábuelito. Ahora confieso que en realidad nunca conocí bien a mi abuelo. Era callado y si hablaba era para hacer un comentario humorístico, pero de él nunca decía nada. No se sabía si le dolía algo, si se sentía tan fuerte como

un muchacho, si tenía algún miedo oculto, si quería morirse o si deseaba irse de parranda. Se metía en su consultorio todo el día, menos a las horas de las comidas, y el perro nunca, ni un segundo dejó de seguirlo, haciéndose viejo e invisible para todos los demás. No me acuerdo de un momento otorgado a su atención. Su comida, hecha por mi abuela, se la daba personalmente Papábuelito. El perro se acomodaba en donde no fuera molesto dentro del mismo consultorio y mi abuelo daba consulta con el animalito enrollado, silencioso, con lo más íntegro de su humildad por el cariño a mi abuelo. Me acuerdo de la indiferencia total de toda la familia a ese pequeño ser que dormía sobre unos trapos junto a la orilla de la cama que ocupaba mi abuelo. Mamálichita, que era una mujer limpia, hacía el sacrificio de bañarlo cada quince días y no volvía a tocarlo. Todos ocupados en sus quehaceres sólo nos dábamos cuenta de su existencia cuando se cruzaba en nuestro camino y le gritábamos, asustándolo.

Era domingo cuando se celebraron los quince años de una prima. Fuimos todos a la misa (el ateísmo de Papábuelito respetaba caballerosamente la religiosidad de los demás miembros de la familia). Misa preliminar a la fiesta que se haría en un salón elegante. Cuando regresamos de la iglesia, mi abuelo, por primera vez, declaró sentirse mal; se recostó en su gran cama de latón y no quiso comer; inesperadamente, él, casi sin aliento, nos comunicó que iba a morir, que por favor prendiéramos la televisión y que no lo molestáramos. Todos nos quedamos con la boca abierta. Mamálichita tenía dos años de haber fallecido. Mi Tialí, su hija mayor, le preguntó llorando si llamaba a un sacerdote. Mi abuelo, con sus ojos negros todavía brillando, le dijo que esa clase de personas no entraban a su casa. Después cerró los párpados y murió. Por

supuesto que la fiesta se convirtió en velorio dentro de esos centros sociales especializados para ello. Al regresar a casa en la madrugada, sobre los trapos junto a la cama de los abuelos, yacía el Togo, enrollado, silencioso, con lo más íntegro de su humildad: muerto.

Y fue cuando todos lo vimos, cuando todos sentimos el ardor del remordimiento por haberle negado una existencia; la admiración por haber amado tanto con esa extraña fidelidad de la que carecemos los humanos; esa lealtad que lo hizo seguir a su dueño a la muerte.

La aventura

—Lola, ¿vamos a ir?

—Yo creo que sí, al fin mi marido tiene que ir a la fábrica. Horas extras, tú sabes.

Llegó el sábado y Marce telefoneó a su prima a las ocho de la mañana.

—¡Sí, vamos! —Confirmó Lola, rápido y en voz baja— Arturo está saliendo en este momento.

—Entonces ¿pasas por mí?

Lolita le pidió a Marcela que estuviera lista en una hora. A las nueve.

A las nueve y cuarto se estacionó el auto frente al edificio donde vivía Marce. Lola tocó el claxon. Su prima salió casi inmediatamente. Tenía el rostro arrebolado por las prisas. Se saludaron con un ligero beso en la mejilla.

—Le dije a mi mamá que me habías invitado a la misa de difunto de un amigo tuyo que acaba de morir —explicó Marcela.

—¡Ay qué fúnebre!

—Fue lo primero que se me ocurrió, además, para ella cualquier cosa que sea en las iglesias, está bien. ¿Trajiste las cosas?

Lola, sin dejar de conducir, señaló con la cabeza la parte de atrás, diciendo:

—Claro. Todo lo que hemos juntado: por eso huele tan mal el coche, pero sólo así estamos seguras de que Arturo jamás se suba a mi auto. Todo lo puse en el suelo.

—Hiciste bien. Ya ves el otro día, mi mamá se empeñó en meter unas maletas en la cajuela. ¿Te imaginas si hubiéramos puesto todo ahí? ¡Y con lo que apesta!

—¡Ni Dios lo quiera!

—Bien. Hoy va a ser día de fiesta. ¡Hoy va a ser un día tan especial que no podremos olvidarlo nunca!

—Ojalá. Lo importante es que sigamos vivas para no olvidarlo.

Las dos sabían que la “fiesta” no debía prolongarse. Tenían el tiempo medido.

Eran de la misma edad y habían crecido juntas como hermanas hasta que Lola se casó con Arturo, quien se empeñó en hacer su casita en una colonia distante del centro de la ciudad. Las primas lo sintieron mucho, pero eso no les impidió seguirse viendo con suma frecuencia. Hasta que aquella noticia las había alborotado y juntas habían decidido emprender su primera aventura.

Les quitaba el sueño pensar en los sábados, cuando iban a esa inmensa casa rodeada de árboles, en plena soledad de un bosquecillo sombrío apartado por una carretera angosta de terracería. Pero tenían que hacerlo a escondidas. En realidad era todo un escándalo. Además de ser peligroso —lo sabían—, era muy mal visto que dos muchachitas se interesaran en lo que el sólo pensarlo repudiaba a cualquier persona que se considerase normal. ¡Qué asco, rozarse con...! Y entonces se prefería hablar de otra cosa sin permitir que la imaginación hiciera la mala jugada de especificar los detalles de esa

aberración. Porque era una aberración. ¡Ellas tan decentes! En fin, ¡que era inconcebible!

El auto se detuvo a unos metros.

—Debemos estar prevenidas.

—Ya lo sé Marce, traigo la ropa y los medicamentos, las gotas y las jeringas, las gasas, todo... —Y luego añadió con voz imperativa: —¡Y ya lleguemos de una buena vez, estoy temblando!

—Y yo —dijo Dolores—, apenas pude manejar.

—¿Hoy es el día, verdad? —preguntó Marcela.

—Hoy, precisamente hoy. ¿Cuánto tiempo lo hemos esperado?

—¡Años! Desde que lo supimos, ¿te acuerdas?

—Fue una casualidad saberlo. De no haber sido por esa vieja bruja vecina nuestra en la Privada... Oye, ¿te imaginas cómo será?

—Me lo he imaginado de todas las formas. La bruja dijo que era...

—Pues ya ves que ésta no fue tan mala; no nos dijo ni una sola mentira, sólo lo esencial y desde entonces...

—Pues a pesar de todo este tiempo no debemos confiarnos. Tú y yo sabemos que esto no está nada bien.

El coche siguió de frente y en la siguiente desviación dobló a la izquierda. No había nadie por los alrededores. Estaban solas, con el hediondo olor.

—Que vengan luego por las cosas —dijo Marcela con un hilito de voz.

Se bajaron del automóvil y comenzaron a caminar agarradas del brazo, temblando, los rostros pálidos, excitadas. Sus ojos brillaban por la tensión; por un lado llenas de entusiasmo, de una ilusión que nadie hubiera podido resistir estando en sus zapatos; pero por el otro...

—Tengo miedo —dijo Marce.

—Cállate —susurró su prima—. Vas a ver que todo sale bien.

Y empujaron la gran puerta de madera y vidrio que se abrió dócil a las dos muchachas quienes, incluso a sabiendas del horrible riesgo que corrían de no regresar jamás a su casa, iban con el corazón henchido de pasión.

FIN

La duda

Los autobuses pasaban con rapidez. Martín, algo miope, no podía ver los nombres de las rutas escritas al frente. La letra pequeña y la velocidad... Iba a llegar tarde, lo sabía, ¡el primer día de clases! Hacía un año que intentaba empezar esa carrera, se había inscrito y todo estaba listo... pero no era cierto porque entonces una gripa brutal lo tiró en la cama esa misma mañana, dejándolo acostado, con mucha fiebre, hasta que en la Universidad perdió el lugar. Cuando se repuso esperó mes tras mes hasta la nueva apertura de clases: hoy. El examen de admisión, el volver a inscribirse, el estar bien de salud; en fin, todo estaba listo... pero no era cierto.

Ya sin atender si el camión urbano era el que debía tomar, desesperado se subió al primero que se detuvo.

—¿Pasa por la Ciudad Universitaria? —Preguntó al chofer.

—Cerca —. Fue la sucinta respuesta.

Se sentó en la parte de atrás. Martín sintió cómo se le iban humedeciendo las manos; nunca había podido controlar los nervios. Quiso pensar en su novia, hacía apenas unos días que ella le había dado el “Sí”. Misteriosamente el entusiasmo que le provocaba el consentimiento de la muchacha, esta vez se

había evaporado. Siguió con la misma idea ¿Llegaría a tiempo? De todos modos ya estaba aceptado. Si lamentablemente entraba después de haber empezado la primera clase no era algo irreparable. Se podía entender que suele ocurrir las primeras veces... Pero no era cierto porque recordó un día que se retrasó para llegar a la secundaria y prefirió de plano no asistir y se fue de pinta. No solía hacerlo. Era un buen muchacho. Para su mala suerte en esa ocasión se enteraron en su casa y pagó su aventura con ocho días castigado sin salir a la calle ni ver televisión.

A pesar de que repudiaba la carrera de contador, su padre se la exigía y él tuvo que morderse un codo y entrarle y recibirse de contador. Había pues cumplido un deseo ajeno; ahora estaba libre para cumplir el suyo: ¡estudiar cinematografía!

El autobús se llenaba. Él miraba angustiado las calles desconocidas por donde iba pasando. ¿A dónde bajarse? Preguntó a quien iba sentado junto a él.

—Disculpe... Voy a la UNAM. ¿Ya estamos cerca?

Y el vecino se levantó presuroso.

— ¡Aquí!... ¡aquí es!... —dijo empujándolo— ¡Esquina! ¡Bajan!...

El camión frenó y bajaron los dos. Martín se dio cuenta que las calles seguían siendo un misterio. Ya está: tomaría un taxi. El otro pasajero cruzaba la calle corriendo.

— ¡Oiga, pero...! ¿Para la Uni...?

Inútil. El otro desaparecía en la siguiente esquina.

Se decidió a esperar. Estaba en una colonia proletaria de calles angostas y varios comercios. Recordó vagamente aquel día en que no fue a la secundaria y creyó reconocer ese rumbo. Pero, no podía ser, ¡habían pasado tantos años...! ¿Sería una coincidencia?

Empezó a caminar. Una sensación desconocida le recorrió el cuerpo. Sí, reconocía este lugar, pero... ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿En sueños? Se sorprendió al ir memorizando las tiendas: “ahora pasaré por una verdulería”, se dijo. Y fue cierto. Nervioso atravesaba calles siempre prediciendo lo que encontraría en ellas. ¡Ahora voy a encontrar una gran farmacia! Y era cierto. Para entonces ni un solo camión se veía y mucho menos un taxi. Martín, sin saber por qué, empezó a correr moderadamente. Era como haber entrado en otro planeta. Su carrera parecía estar tomada en cámara lenta. La mente le enviaba muchos flashazos de su pasado, de cuando era niño. Corría... recordaba... Corriendo cruzó una esquina y entonces se acordó de un grito, un grito que era cierto. El camión lo arrolló y pasó sus ruedas partiéndole el cuerpo...

—Ha sido una desgracia. Martín, un excelente niño de los que ya no hay... Iba a la escuela, a su secundaria, ¡pobrecito!... —dijo el mundo entero.

Mas... queda la duda, como siempre, de lo que fue y de lo que no fue cierto.

FIN

Otro cuento de hadas

La nana se sentó junto al chiquito y le empezó a leer un cuento. Afuera la luna resplandecía dando luz y sombras a la vida.

—Pues érase una vez un reino que existió hace muchísimos años en la parte occidental del occidente lejano. Ahí estaba el rey, la reina y la princesa. El rey tenía el pelo y la barba blancos, pelos crespos y abundantes que él pintaba de rojo y que casi le cubrían la boca. La reina sufría de bizquera. Ella misma lo aceptaba por lo que siempre estaba sonriendo para no caer en el error de que por el extravío de su mirada la gente creyera que era una mujer mala. La princesita era dulce a sus 53 años, esquelética, cariñosa y con una voz terriblemente aguda y fuerte, por lo que la mayor parte del tiempo se encontraba sola. Los tres se amaban mucho y jamás había dificultades en su hogar. El pueblo de ese reino lo formaban quinientos habitantes cuyas particularidades eran su absoluta lealtad y amor a su rey. Todos y cada uno de ellos había nacido con ojos de dos colores, por lo que miraban todo —lo que suponían era la realidad—, de una manera única y extravagante. Por ejemplo, una de las leyes principales de la comarca era que los reyes vivieran en la casa más pobre del lugar; en tanto la gente

más miserable, que además de no tener trabajo, ni dinero, ni posesión alguna, fuera ciega, coja, sorda, loca, tuerta, manca o muda (excepto bizca, porque resultaba una irreverencia para la reina) habitaran dichosos el enorme y lujosísimo palacio. Tenían muchos sirvientes, todos con título nobiliario y miembros de la antigua nobleza Prunai, vieja estirpe de caballeros andantes, quienes poseían el talento guerrero de luchar sobre los más grandes cocodrilos, criados *ex profeso*, contra grupos de a caballo, con lanzas, pistolas, ametralladoras y algunos drones. Lamentablemente no pasaron más de cinco años que los enemigos del reino acabaron con los caballeros andantes y sus enormes cocodrilos.

En el último encuentro beligerante, unos cuantos guerrilleros tomaron el reino. El líder de aquel batallón rebelde, ya habiendo acabado con todos los cocodrilos y antes de posesionarse del lugar proclamó que mataría a la familia real en caso de que el rey no diera su permiso para que él se casara con la princesa. Este líder, el más aguerrido de aquellos apátridas, sin cultura y sin ninguna educación, dedicados a guerrear y a tomar reinos, aunque en poco tiempo los dejaban por no saberlos gobernar, ese líder, digo, era un enano con una cabeza descomunal, tan fiera y salvaje que el sólo verlo era para deponer las armas, dándose por vencidos.

El rey, hombre pacífico, tembló ante la perspectiva de morir él y su familia, así es que de inmediato dio la orden de que la princesita se casaría con el líder enano cuando éste lo deseara. El líder, llamado Jodere, quiso conocer a su prometida de inmediato. La princesita, llena de orgullo por ser la clave para la paz de su reino, y a la vez triste por casarse sin amor (estaba enamorada del mayordomo de palacio, un jovencito de siete años), salió de la barraca donde vivía con sus padres para que la mirara Jodere. Éste se echó para atrás.

“¡Pero si es una vieja!”, dijo, afortunadamente en voz baja. En tanto la Princesita, al ver aquella tremebunda cabeza, dio un grito que resonó a cientos de kilómetros y su resonancia duró ocho días enteros enloqueciendo a toda la región con ese “¡NO!” atronador.

Excuso decirles que el batallón del cabezotas, al grito que les taladraba el cerebro, huyeron cual liebres ante el azoro de reyes y pueblo. Y el reino, por fin, recuperó la paz de su cotidianidad tan tranquila, tan normal.

Y este cuento se ha acabado rin run ran.

—Lo que has leído no tiene pies ni cabeza ni es entretenido ni me gustó para nada. Los relatos, por muy fantásticos que sean, deben tener coherencia, una mínima lógica y no un caos como el que acabas de leerme, aburrido y loco —dijo enojado Juanito a su nana cerrándole el libro de un solo golpe con sus dos fuertes tenazas delanteras que le sobresalían del bello verde esmeralda de su pulida frente.

Los deseos

En la habitación donde dormía (tenía cinco años), había un balcón a la calle; por él, al asomarme, veía que al mediodía, de la casa frente a la mía, salía una señora mayor de rostro muy dulce empujando una silla de ruedas donde iba su hija, una joven de treinta años, de cara sonriente como el de su madre. Hasta ahora no sé qué pasaba por mí; el corazón me palpitaba de ternura; yo quería a esa mamá como si fuera la mía, y deseaba ser aquella persona incapacitada. Todo esto no tiene explicación hasta el día presente. Me iba con mi abuela y le pedía por todos los santos que me quitara las piernas. Por favor, suplicaba, arráncamelas, quiero estar como la señorita de enfrente. Mamanita se escandalizaba y haciéndome un cariño me decía que yo no tenía que pensar así y que me fuera a jugar con mis primas. Esa obsesión de ser parálitica se me fue quitando hasta bien avanzada la infancia. Nunca supe el motivo inconsciente que me condujo a deseo tan aberrante.

Otro deseo inconsciente fue vivir siempre y únicamente con mi hijo, sin nadie más. Y ahora vivo con él solamente, ambos sin familia, sin nadie más, y yo en una silla de ruedas, lo que significa una constante culpa de mi parte por ser el motivo

por el que él no tiene vida propia al dedicarse a cuidarme. Y entonces comprendí aquel dicho que dice: “Cuídate que no se cumplan tus deseos”, es cierto: lo que anhelamos en un momento de nuestra vida, surge de un universo de nuestra mente diferente a la realidad; así es que, en caso de que más tarde se cumpla lo deseado, jamás será como uno lo imaginó, porque la realidad no es partícipe de la fantasía. Son dos universos aparte. Y, por otro lado, cuando se cumple aquel ideal, uno ya no es el mismo porque ha cambiado nuestra persona y sus circunstancias; así es que aquel afán que tanto ansiamos en caso de que se realice se vuelve nuestro enemigo.

Ahora que ha pasado el tiempo ¿quién podría aclararme qué tanta importancia tuvieron aquellos deseos infantiles en la materialización que vivo actualmente?

¿Qué se esconde en la nada?

Los recuerdos que tengo ahora de vieja son clasificados, no sólo por los sucesos que me ocurrieron en tal o cual edad, sino yo diría que por ciertos estados de ánimo. Si yo empiezo a escribir mis memorias, ustedes van a constatar que soy un caso poco común, porque yo me consideraría no bi-polar, sino mil-polar. Siempre utilizando una percepción distinta, (incluso la del fastidio), siempre con ojos que indagan. Indagando ¿qué?, ¿lo inimaginable? pues sí, en realidad nada, tratando solamente de aceptar mi nada para poder ser; porque como “existo” en muchas personas de diferentes criterios y personalidades, finalmente me confunden de tal manera que prefiero admitir que no soy, que no soy nada ni nadie. Solamente tengo una característica que nunca cambia: una aguda percepción de olfato. Todo, para mí, tiene un olor imborrable.

Por ejemplo, de chiquita (4 años) me llamaba la atención el olor de la casona donde vivíamos todos: mis abuelos, mi Tialí y yo; mi tío Tito, mi tía Julia y sus dos hijos; mi tío Agustín y mi tía Tere con sus tres hijas. Mi papá llegaba a la casa cada seis meses y sólo permanecía con nosotros una semana. Apenas tuve uso de razón me aprendí los nombres y

las caras de mis parientes, pero el olor de la casa de San Rafael donde habitábamos, lo descubrí después: olía, sobre todo, a madera, también a magnolias que había en el patio; a canarios (a sus plumas y a su comida desperdigada). A la entrada se te venía el olor especialísimo de yodo que tiene el mar; en el corredor olía a arroz recién hecho y, a la hora en que me acostaban en la noche, el efluvio era igualito al de las iglesias. Mi abuelo recordaba al sudor de su sombrero de fieltro; mi papá a perfume para señores; mi Mamálichita despedía un aroma suavcito que hasta ahora no he podido definir, era un olor untado de armonía, tibio y cremoso, de cuerpo activo y humilde; mi Tialí olía a libros, más que a libros, a lápices.

Yo se los comentaba a mis primas, pero al escucharme sólo abrían los ojos muy azoradas.

También manoteábamos el aire, la nada, el vacío, teniendo la seguridad de que debía haber algo, porque era inconcebible que se desperdiciara la mitad del planeta, en un aire de nada. Sabíamos (ése era nuestro principal secreto) que otros planos cósmicos, esotéricos (no sabíamos la palabra), intervenían en los nuestros, y nos preocupábamos por descubrir sus huellas.

El tiempo no existía. Todo cambiaba a cada instante: la apariencia de la casa, de las personas, del árbol, del cielo. Yo pensaba que ésa era la señal misteriosa que tanto buscábamos, pero mis primas decían que todo era igual al día anterior, que ellas no veían en sus papás ningún rostro extraño. Cuando crecí y perdí aquella percepción de lo distinto, se me vino el mundo encima con todo y su natural hastío. Noche-día, noche-día, soportando la humanidad entera esa reiteración insufrible. Aunque cada amanecer lleve en sí la promesa de un tiempo inédito —lo que es imposible—, al final, he terminado por resignarme a vivir la misma intolerable monotonía de perplejidades.

Recuerdo que...

Se me empiezan a olvidar los números. No sé si suceda en todos los casos seniles. Conozco (más o menos) la fecha. Todavía recuerdo dónde habito, pero al llegar al año en que vivimos todos en el mundo, me confundo: ¿3490? ¿5980? ¿1200? ¿3030? No, me parece que eso es un rifle. Bueno, hasta que me resigno a aparecer como “loquita” y me atrevo a preguntar: “Disculpe, ¿en qué año vamos?”. Y me dan la fecha del día y del mes, pero a nadie se le ocurre pensar que no sé que estamos en el 2020.

Por otro lado, queridos compañeros —a quienes agradezco su buena disposición para leerme transformados en psiquiatras—, les confieso que cuando estoy platicando, se me olvida la conversación y de golpe y porrazo me quedo en puntos suspensivos. Creo que esto es un síntoma muy frecuente. Pero lo que ya me puso a pensar seriamente en mi situación mental, es lo que me sucedió ayer mismo:

¡Desperté contenta! El universo era bueno, querible, adorable: tengo mi silla de ruedas que no me deja ir a pie en ningún momento; un hijo muy bueno de mal carácter; un ángel de amiga (mi empleada doméstica) que me consiente

como una dulce madrecita; un piano para mirarlo y sufrir recordando; un perro (o algo así) de tamaño chiquito pero bravucón como él solo; una computadora con quien nos peleamos día con día por no entender nuestros idiomas; un departamentito, pudiéramos decir de 4 paredes envueltas en una pastosa soledad; nostalgias a patadas: mi infancia, mi adolescencia, en fin, mi pasado y también la imaginación suficiente para añorar mi presente, porque asimismo lo he dejado atrás, junto con el futuro. Además no puedo quejarme de la falta de dolores que me fustigan continuamente (¿les gusta el nombre que se me vino a la mente “fustigan”?, está bonito, ¿no?) tanto en el cuerpo como en el alma, con lo que constato que aún no he muerto.

Así es que, después de este somero recuento... ¡ya se me olvidó qué me ocurrió ayer y por qué diablos amanecí contenta!, lo cual no importa porque hasta estoy dispuesta a dejarme llevar por algún instante de euforia, ¿y aventarme? no; envalentonarme y asomarme a la ventana!

A propósito ¿qué año es éste?

Una calavera para Salustio

Blanco y suave, dulce perrito adorado.
Te defiende con los dientes y las garras
d' esa muerte flaca que te quiere bien rostizado.
Pero tú, perro-alfa, eres listo y enojado te lanzas,
y dando gruñidos te la meas de costado.

Remembranzas

La verdad, el ser yo tan distraída no lo hurto, lo heredo. Mamanita era la mujer más despistada que vi en la vida, ni en los personajes chistosos de las películas ni de las obras de teatro. Ella se equivocaba pero no se daba cuenta, y la vergüenza recaía en su pobre acompañante. Por ejemplo, a una vecina le dijo que sí, que tanto mi tía Tere como mi tía Julia eran sus hijas. Y especificó: “Tere es mi hija y Julia está casada con mi esposo”, en vez de decir “casada con mi hijo”. Mis tías soltaron la carcajada y la vecina se fue corriendo de esa casa de inmorales. Otro día, yo, de 11 años, siempre cohibida la acompañé a la panadería. En ese entonces era el dependiente quien tomaba la pieza de pan que el comprador le indicaba. Había mucha gente y el hombre ya iba, ya venía. Mamanita le gritaba “¡Oiga!, por favor, quiero tres bigotes, dos conchas...”, pero él no la escuchaba por estar atendiendo ya otro pedido. Yo puse las manos sobre el cristal de la vitrina y sonreí contenta: “Mira, Mamanita, toca aquí, está bien caliente” (por el pan recién salido del horno). No me contestó. Pensé que ni me había oído. Pasó frente a nosotros nuevamente el panadero. Entonces ella, más fuerte que antes, le gritó: “Oiga,

¿ya nos calienta?”, en vez de decir “¿Ya nos atiende?”. Toda la panadería estalló en carcajadas.

En una ocasión íbamos en un camión urbano. No había asientos desocupados pero un señor le dio su lugar a mi mamá-abuela. Yo quedé de pie agarrada del tubo vertical que tenían los camiones. Ella nos contó después que enfrente se balanceaba, ante sus ojos, también de pie, una muchacha con un vestido muy bonito lleno de respuntes e iba pensando “Bonitos respuntes”. En eso, yo veo que se acerca la calle donde teníamos que bajarnos y le hago una seña para que se parara. Mamanita se levanta y a todo pulmón grita en vez de “¡Bajan!”, la palabra que ya se le había metido entre ceja y ceja “¡Pespuntes!”. Yo, de pura pena casi bajé del camión cuando éste todavía no se detenía completamente.

Otro día, por la calle San Juan de Letrán, nos detuvo un fotógrafo y nos sacó una fotografía. Cuando le pregunté a Mamanita su nombre, yo me quedé sorprendida de que no contestara y que me diera de codazos. Yo no podía adivinar qué es lo que quería que hiciera. El señor insistió: “Su nombre, por favor”; entonces ella le dio las gracias, me cogió de la mano y seguimos caminando de prisa, casi corriendo. “Oye, mamá, le dije, ¿qué pasó, por qué no le dijiste tu nombre al fotógrafo?”. Y ella, bien abochornada, me contestó: “Porque no me acuerdo si soy Soriano de Careaga o Careaga de Soriano”.

Y así fue mi infancia con Mamanita (también le decíamos Mamane), la Tialí, Papábelito, mis tíos, Teté y demás primos, siempre en otro mundo, en algo que nos separaba de las violencias, de las tragedias, en un mundo como de otro planeta, en donde había de todo lo que imaginen ustedes, menos el virus de la maldad.

Una persona extraña

La primogénita del matrimonio de la señora Elisa Soriano y del Dr. Ernesto W. Careaga, se llamó Elisa Magdalena. Fue una niña morenita, delgada, tímida, obediente y buena. No sólo lo fue cuando era pequeña, sino hasta los 69 años que murió del corazón. Yo viví con ella y con mis dos abuelos. Los cuatro formamos una singular familia en donde la existencia se sostenía como en una barcaza mecida suavemente por la brisa. Una vida sencilla y musical. A mí me dieron clase de piano desde los ocho años. Estudiaba por las tardes, después de hacer la tarea de la escuela. Y mi tía Elisa Magdalena, es decir mi tía Lichita, o sea la imponderable Tialí, después de su trabajo en una oficina de gobierno como jefa de sección, arribaba una silla junto al banquillo del piano y me acompañaba a estudiar las lecciones que mi maestra de música me pedía para la siguiente clase. Por lo menos yo estudiaba dos horas diarias y Tialí, siempre atenta, seguía con la mirada la partitura y mis dedos que se desplazaban trabajosamente por un camino de piedras blancas y negras, como dos arañas guiadas por las mansas manos de mi tía.

Ella fue callada y sonriente, siempre con una tenue sonrisa que a los demás nos daba la certeza de que todo iba bien, un símbolo de serena consideración a todos los seres y la sinceridad de un fraternal interés.

Ella, que no fue bonita, que nunca se destacó por una notable inteligencia; que con su trabajo nos mantenía a mis abuelos y a mí cuando yo era niña, y que no fue una mujer rica; poseía a raudales una gracia, una cualidad tan elevada que pocas veces encontramos a alguien que la posea porque lo que atesoraba la dulce Tialí era el sencillo y sublime don de la bondad.

Fue soltera toda su vida, amantísima de sus padres y una amiga entrañable para mí. En mi adolescencia, esa edad en que uno cree saberlo todo, me desesperaban sus conversaciones porque no había posibilidad de discusión, dado que ella no sabía juzgar, así es que para todos los actos humanos encontraba, si no una justificación, una explicación que podía entender hasta un niño. Una aclaración simple y clara abarcando una sabia conclusión filosófica.

Murió con la esperanza de ver a sus padres en el más allá, preocupada por mi futuro, el de todos, el del mundo al que amó como su propio hogar. A veces, cuando ocurre algo no previsto en mi vida cotidiana, sin darme cuenta tengo el impulso de telefonarla. Debo entonces meditar un momento y decirme que ya no está. Un pensamiento que me parece absurdo y falso. Ella sigue estando porque continúa habiendo un piano en mi casa; sigue estando y siendo cuando paso a paso vivo mi diario camino. Como ahora que escribo para ustedes contándoles de la sublime aventura que tuve al conocerla.

Les cuento sobre mi abuelo

Luis Careaga y Sáenz, poblano, ingeniero, topógrafo, dibujante y trazador, se le considera el autor de los primeros planos cartográficos de su ciudad y del estado. Con su esposa, Ana Ramírez, tuvo cinco hijos: Luis, Ana, Alfredo, Dolores y el quinto, Ernesto, que fue mi abuelo paterno (Papábuelito para sus nietos) y que también nació en Puebla en 1882 y murió en la CDMX en 1955. Adquirió varios puestos importantes en el Ministerio de Salud. Aparte de ser médico cardiólogo, obtuvo el grado de coronel. Fue médico particular de Venustiano Carranza, entre otros muchos cargos que ya no recuerdo. Pero esas no son hazañas tan importantes como el haberse quedado huérfano de madre siendo él todavía un niño, y a los 14 años dejó su lugar natal y se fue a la Ciudad de México. Solo (sin parientes ni amigos), consiguió trabajo como mozo en el periódico *El Imparcial*, donde conoció a algunos poetas modernistas. Con ese escaso sueldo se mantenía en un cuarto de asistencia y después de cumplir los estudios reglamentarios, entró a la Universidad Nacional para estudiar medicina. De cinco años que duraba la carrera, mi abuelo la terminó en tres con una tesis brillante. Yo lo conocí cuando él

ya era una persona mayor y ya sólo daba consulta en nuestro domicilio. Sufrió una enfermedad llamada ataxia y no podía caminar sin ayuda de su bastón, además del brazo que alguno de nosotros le ofrecía para su apoyo. De joven ganó mucho dinero, el mismo que ni tardo ni perezoso gastó con su mujer y sus cuatro hijos (Elisa, Ernesto, Luis y Teresa María), en viajes a Europa, a La Habana y a Nueva York, hasta quedarse únicamente con el dinero suficiente para vivir con modestia justo cuando empezamos a nacer sus nietos.

Lo recuerdo como un hombre inteligente, con un acendrado espíritu humanitario y gran sentido del humor. Yo viví con él hasta su muerte. Ese día había amanecido aparentemente bien. En esa fecha una prima cumplía 15 años y todos íbamos a ir a su fiesta en la noche. Después de comer, Papábuelito se recostó y muchos de nosotros (su familia) nos sentamos junto a él. Pusimos la televisión y de pronto alzó la mano, y con voz débil nos dijo: “No se muevan, no apaguen nada, y no hagan escándalo: ME ESTOY MURIENDO”. Parece que una espada se encajó en nuestros corazones. Mamanita, su mujer, lo abrazó como defendiéndolo de cualquier ataque de la muerte. Mi Tialí, la mayor, angustiadísima dijo que iba a llamar a una ambulancia para que lo llevaran a un sanatorio. Él se las arregló para tener la energía de decirle que no, que ya era el final. “Un sacerdote entonces, papá”, le suplicó ella empapada en llanto. Y yo, hoy ya vieja, me acuerdo aún de sus palabras: “Por ningún motivo entran esos fulanos en mi casa”. Minutos después expiró.

Él no era muy afecto a los niños, lo que a mí me gustaba mucho porque las zalamerías me daban “ñañas”, y me gustaba mejor ser tratada no como una chiquita, pero que sí me hicieran reír mucho; y todo eso lo cumplía cabalmente Papábuelito. Hoy me acordé de él..

Éste fue el único abuelo que conocí. El otro, Antonio, andaluz, se murió joven muchos años antes de que yo naciera, pero me han hablado mucho de él. Andaluz, se casó con mi abuela Delfina, siendo más joven que ella, quien ya tenía tres hijos. Todos coinciden en que era muy activo: atendía a los hijos, y a sus requerimientos de la escuela, así como el vestuario de mi abuela que era soprano y trabajaba en el teatro; la acompañaba y asistía en sus giras, en fin, hacía de todo. Lo malo es que no podía producir algo para ganar dinero, así es que Delfina era la que mantenía a la familia. Me dicen que era muy gracioso y muy guapo. Yo creo que sí porque también me cuentan que mi mamá fue muy bonita; tenía los ojos verdes y era rubia como mi abuelo Antonio.

Un órgano muy especial

Buenos días, amigos míos. De nuevo con ustedes. Ayer me dio un *papuchón* (del antiguo latín) en el corazón. Sí, ese músculo rojo que pintamos en nuestros cuadernos cuando de chicas nos enamoramos del profesor. Es sólo un órgano, pero es el único que tiene sonido dentro de nuestro cuerpo silencioso. Es nuestro reloj. Ayer pareció que se atrasaba en mi pecho, pero la vida que no es nada “dejada”, le dio un par de cachetadas y lo puso a caminar, a pesar de que sabe que contiene una barbaridad de emociones y que ya debe estar cansado. Además de que carga nada menos que con el gran peso del amor; con la desilusión que lo araña a cada rato; con los sobresaltos del cerebro y la razón; con la alegría que se desboca como lo hacía eufórico el Chavo del Ocho; con la esperanza que lo hace temblar; con el dolor que tanto lo debilita... ¡Qué raro es este músculo rojo!

Ayer, en un murmullo me dijo que ya quería dormir, que desde que nació en mi cuerpo no ha parado de sentir (léase trabajar) lo que volvió más desenfrenado su ritmo. Lo entendí, pobrecito, cerré los ojos y relajé todo mi cuerpo, que es la forma de apapacharlo. Él también cierra los ojos,

calma su minuterero y sonríe antes de soñar que vive dentro de un  ngel que lo trata mejor que este demonio en el que est a metido.  Pobrecito! Lo entiendo. Tan chiquito,  s lo un músculo rojo...!

Los místicos

Me ha parecido tan interesante este artículo del filósofo Emil Cioran, que he querido que también ustedes lo gocen. Gracias.

“Hay noches redondamente oscuras. Ayer atravesé una de ellas y la negrura me hizo pensar en los místicos de la Edad Media, de proyección tan humilde, tan dulce, en aquellos que tenían algo de caballeresco y que persistían en creer en su Dios con tanta febrilidad que no se percataban de las evidencias y del callejón sin salida que se desprende de esto. Y me dieron ganas de ser uno de esos errores deslumbrados, divinos, pudiendo, como ellos, remontarme hasta la verdadera nada. Saber de la efervescencia de su locura, de esa expansión de su alma, sin límites. Ninguna huella de lo real, bien lo sabían, subsistía tras el paso, tras las devastaciones de la clarividencia. NADA ES, ese era su punto de partida, tal era el axioma que conseguían vencer y rechazar para llegar a la afirmación de: TODO ES.

Portadores de una coraza secreta, indomables hasta en su pasión de torturarse, poseían el orgullo del gemido, una demencia contagiosa, incendiaria. El espíritu caballeresco, vuelto hacia lo intemporal, perpetuaba el gusto por la aventura,

por una aventura vertical porque se arriesga hacia lo alto y se apodera de otra forma de espacio. Insumisos por vocación, desenfrenados en sus oraciones, los místicos jugaban, temblando, con el cielo. La Iglesia los ha rebajado al rango de pedigüños de lo sobrenatural, a fin de que, vulgarmente civilizados, pudieran servir de “modelos”. Sabemos, empero, que fueron, en sus vidas y en sus escritos, fenómenos de la Naturaleza y que no podía sucederles mayor desgracia que caer en manos de los curas.

Y no es que tuvieran una salud a toda prueba. Se sabe que estaban enfermos. Pero la enfermedad actuaba en ellos como un acicate, como un factor de desmesura. Ávidos de todo tipo de llagas, hipnotizados por lo insólito, emprendieron la conquista de la única ficción que vale la pena; Dios les debe todo: su gloria, su misterio, su eternidad. Prestan existencia a lo inconcebible, fuerzan la nada para animarla: ¿cómo la dulzura podría realizar tal hazaña? Ambivalencia notable.

Hoy, la Iglesia Católica se halla escasa de herejes, de apologistas, de detractores. Ya no tiene, pues, a quién perseguir, a quién alabar. Renunciaría gustosa a exigir obediencia si, como contrapartida, vislumbrara entre los suyos un exaltado que, dignándose atacarla, se la tomase en serio y le diera alguna esperanza, algún motivo de alarma.

‘¡Albergar tantos ídolos y no avizorar en lontananza ningún iconoclasta!’. Los creyentes ya no rivalizan entre ellos ni, por otra parte, tampoco los incrédulos. Nadie quiere llegar primero en la carrera por la salvación o la condenación.

En cambio, los místicos de hoy, con su absoluto ‘importado’, sólo sirven para uso de debiluchos y decepcionados”.

21 de marzo

Todos los días me dan 24 horas para no hacer nada. Hasta hace poco corregía textos para su edición. Ya no. Todo ha cambiado. En lo superficial, el hastío hace de las suyas con mi débil ánimo; pero adentro, en lo profundo que pueda contener mi ser, me siento ilusionada con esta nueva vida, aunque de momento y para lograrla tengamos que pasar la etapa negra de la guerra, y todos estemos peleando con el otro y con uno mismo.

Como siempre, cuando escribo la verdad, acabo por asegurar mentiras o exageraciones. Es inevitable. En realidad, ayer trabajé bastante haciendo una obrita de teatro que empecé a las cuatro y media y terminé a las siete de esa misma tarde. Quedé rendida. Me llevaron a mi cama. Por frágil y endeble que me encuentre, en el momento de dar vuelta a mi silla de ruedas, robo un tiempo sólo imaginado por el espacio para verme en el espejo de la esquina. Me gusta espiarme, estudiándome. Ayer vislumbré apenas mi palidez y una vena delgadita, delicadísima, de color verde, que me atraviesa todo el pómulo derecho hasta tocar mi ojo. Cada vez el espejo me señala: que una lucecita en la frente, que

un rosa apagado en los labios, que una nueva curva agresiva en mi cuello. Por segundos me inclino más hacia el suelo y mi joroba ya es enorme. Es curioso que en mi persona ya no distinga el parámetro calificativo tanto de lo bello como de lo feo. Me miro con objetiva curiosidad porque no existe juicio alguno. La piel de mis brazos ya perdió definitivamente la batalla y cayó muerta bajo los huesos, arrugada y seca. A mí me parece que fue, o que es una piel buena, que no hizo daño a nadie y que descansa en paz ahí colgando serenamente en el silencio de sus células. No así mi nariz, cada día más grande, más abrumadora; su egocentrismo creció con los años, quiere abarcar mi cara, todos mis gestos, es la reina. Y mis ojos,... se han acostumbrado a ver para atrás. Hoy, 21 de marzo, no del 2020 sino de 1961, también sábado al mediodía, los dioses olímpicos me pusieron la corona sublime del amor. Todos mis errores se esfumaron, ya no volví a pisar el sucio suelo, levité desde entonces hasta la primera caída; cuando me pude levantar ya era otra. Me dolió reconocer que nada es eterno. No obstante, también esto es otra falacia porque ha transcurrido la friolera de casi sesenta años y todavía me queda en el alma la miel dulcísima de la gracia.

MINICUENTOS

Deseaba
con toda
mi alma llegar
a la cumbre de aquella
montaña. Alcé la cabeza, vi
el azul entre las nubes y al bajar la
mirada me envolvió lo verde de
los árboles. Mezclados, fue
fácil olvidarme de los
impedimentos y
volé hasta la
cima.

Crecía
y la
tierra se
agrandaba. Llegó
a ser un gigante en
desesperada búsqueda de
un hogar.

Dejó
pasar
el amor,
indiferente. A
partir de entonces,
después del tiempo,
aún no termina su
sentencia.

Receta

del minicuento: poner la
vida sobre la mesa,
extenderla
con el
rodillo
y oprimir
sobre ella
los pequeños
moldes de su
esencia.

Ayer,
noche indeleble, fuiste mi
carne, viví de tu aliento...
¡Ay, y tú... tú no llegaste!

Ya
no lo
toleraba, ya no lo
quería, y toda su vida
tuvo que vivir amargada y
temerosa de que cansado
de ella... un día la
abandonara.

Era temprano y
jugamos al amor;
¡fue delicioso, todo era
absoluto!
Con el frío de la tarde
pasamos de la redondez
al cuadrante.

Cuando
el perrito
blanco
confirmó que
ella ya no estaba
en la silla de
ruedas ni en
ninguna parte,
pensó que si
él le arrojaba
la pelota, ella
aparecería para
alcanzarla.

Delfina Careaga, escritora mexiquense. En 1974, recibió la mención honorífica en el Concurso Continental de Cuento, promovido por el Instituto Nacional de Bellas Artes y la Casa de Cultura de Puebla, por el cuento “Nada importante”, y en 1975, con la obra *Oscuro fondo del túnel*. En 1978, recibió el Premio Nacional de Cine (con la coautora Sabina Berman), por el guion *La Tía Alejandra*, otorgado por la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM). En 1979, obtuvo la mención honorífica por el guion para cine *No me olvides en el viento: mariposas*, concedida también por la SOGEM. En 1980, recibió el Ariel de plata dado por la Secretaría de Radio, Televisión y Cine, al mejor argumento del año: *La Tía Alejandra*, película de largometraje dirigida por Arturo Ripstein y producida por Conacine I. En el año 2000, fue galardonada con la Presea Estado de México, en la categoría de Artes y Letras, “Sor Juana Inés de la Cruz”. Algunas obras puestas en escena en Toluca, son: *Una tal Raimunda*, *El Cielo*, *Cuando hayamos crecido*, *La Red*, *La verdadera historia del hombre iguana* (estas dos últimas en coautoría con Esvón Gamaliel), *BU, un perrito encantador*, *Morelos* (inédita), y *Antonieta Rivas Mercado* (inédita). Sus libros publicados son: *Una muñeca vestida de azul*, *Alquimia*, *Cosas del tiempo y otros fantasmas*, *El Cielo*, *Sor Juana Inés de la Cruz* (novela juvenil), *Nezahualcóyotl. La vida del rey poeta*, *El infausto eclipse de las hadas*, *Las victorias inadvertidas*, *Las profundidades vacías* (dos obras de teatro: *Una tal Raimunda* y *El Cielo*), *La representación bastarda: trilogía dramática* (tres obras de teatro en coautoría con Esvón Gamaliel: *La Red*, *La verdadera historia del hombre iguana*, y *El espacio blanco de Midicha*), *En otras palabras* en la antología *Una ciudad tan bella*, *Memoria no es olvido*, *Historias de vida de 50 personas de la tercera edad para el municipio de Toluca*, *Como al principio el final*, *son cuentos de nunca acabar* y *La ficción entrometida*, entre otras obras.

LA QUIMERA DE LA NADA

La quimera de la nada es un libro que contiene, por una parte, la añoranza que la autora siente por su ya lejana infancia, y cuya nostalgia se centra en lo que hoy son sus recuerdos, es decir, NADA crucial, NADA importante, aunque la narración, siempre bien escrita, resulta divertida y agradable. En tanto el término “quimera” pretende subrayar que, con el tiempo, la verdad concreta y simple de nuestra autobiografía, de manera inconsciente, inevitablemente se deforma dadas nuestras posteriores experiencias que hoy nos hacen pensar, sentir, ser y estar distantes de lo que fuimos ayer. Por otra parte, Delfina Careaga reúne aquí otros textos de toda clase de temáticas nacidas durante sus más de ocho décadas de vida, lo que vuelve al libro un amigo leal, que nos puede acompañar con placer y serenidad en cualquier momento que lo necesitemos.



SDC